

terna de La Ilíada es lineal, con retrocesos.

La gran diferencia entre ambas epopeyas reside en el tratamiento de lo heroico; en La Ilíada se celebra la fuerza y el valor, en La Odisea la astucia y el ingenio, manifestando todo esto mediante los personajes. En ambas se incluye lo mitológico y sus funestas consecuencias: la voluntad de los dioses que causan vicisitudes a los hombres.

La Ilíada y La Odisea reúnen las características de las epopeyas heroicas, y señalan el inicio de la literatura griega.

A continuación te presentamos, joven alumno, los cantos XVI, XXII y XXIV de La Ilíada, y La Rapsodia IX de La Odisea.

CANTO XVI

PATROCLEA

Así peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de hombres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca. Tan pronto como le vio el divino Aquiles, el de los pies ligeros, compadecióse de él y le dijo estas aladas palabras:

"¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la tome en brazos, le tira del vestido, la detiene a pesar de que está de prisa y la mira con ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas ¿vienes a participarnos algo a los mirmidones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna noticia de Ptía? Dicen que Menetio, hijo de Actor, existe aún; vive también Peleo entre los mirmidones; y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O lloras quizás porque los argivos parecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas para que ambos lo sepamos."

Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo: "¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los argivos! No te enfades, porque

es muy grande el pesar que los abrumba. Los más - - fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, - yacen en los bajeles - con arma arrojadiza fue herido el poderoso Diomedes Tidida; con la pica, Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo-, y los médicos, que conocen - muchas drogas, ocúpense en curarles las lesiones. - Tú, Aquiles, eres implacable. ¿Jamás se apodere de mí un rencor como el que guardas! ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los argivos de una -- muerte indigna? ¡Despiadado!, no fue tu padre el jinete Peleo, ni Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, porque tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu madre, enterada por Jove, - te haya revelado, envíame a mí con los demás mirmidones, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los teucros me confundan contigo y cesen de pelear, los belicosos -- dánaos, que tan abatidos están, se reanimen y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos extenuados de fatiga, rechazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados."

Así le suplicó el gran insensato; y con ello-

llamaba a la Parca y a la terrible muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

"¡Ay de mí, Patroclo, de jovial linaje, qué dijiste! No me abstengo por ningún vaticinio que sepa y tampoco la venerada madre me dijo nada de parte de Júpiter; sino que se me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que tengo, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha sufrido. La moza que los aqueos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar una bien murada ciudad, el rey Agamenón me la quitó como si yo fuera un miserable advenedizo. Mas dejemos lo pasado; no es posible guardar siempre la ira en el corazón, aunque me había propuesto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate llegaran a mis bajeles. - Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de los mirmidones, y llévalos a la pelea; pues negra nube de teucros cerca ya las naves con gran ímpetu, y los argivos, acorralados en la orilla del mar, sólo disponen de un corto espacio. Sobre ellos cargan confiadamente todos los de Troya, porque no ven mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey Agamenón fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten - alrededor de nuestro ejército. Ya la mano de Diomedes Tidida no blande furiosamente la lanza para librar a los dánaos de la muerte, ni he oído un solo

grito que viniera de la odiosa cabeza del Atrida; sólo resuena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los teucros, que con vocerío ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando ardiente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir, para que me proporciones mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan la hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los alejes de los barcos, vuelve atrás; y aunque el tonante esposo de Juno te dé gloria, no quieras lidiar sin mí contra los belicosos teucros, pues contribuirías a mi deshonra. Y tampoco, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilión; no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos les protege mucho el flechador Apolo. Retrocede tan pronto como hayas librado del peligro a los barcos, y deja que peleen en la llanura. Ojalá, ¡padre Júpiter, Minerva, Apolo!, ninguno de los teucros ni de los argivos escape de la muerte, y librándonos de ella nosotros dos, derribemos las sacras almenas de Troya."

Así éstos hablabán, Ajax ya no resistía: vencíanle el poder de Júpiter y los animosos teucros que le arrojaban dardos; su refulgente casco resonaba de un modo horrible en torno de las sienas,

golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el héroe tenía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo; pero no lograba hacerle mover de su sitio por más tiros -- que le enderezaban. Ajax estaba anhelante, copioso sudor corría de todos sus miembros y apenas podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

Decidme, Musas que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el fuego en las naves -- aqueas.

Héctor, que se hallaba cerca de Ajax, le dio con la gran espada un golpe en la pica de fresno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ajax blandir la truncada pica, y la broncínea punta cayó a lo lejos con gran ruido. Entonces reconoció el eximio Ajax la intervención de los dioses, estremeciéndose porque Júpiter altitonante -- les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria a los teucros, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los teucros arrojaron voraz fuego a la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así que el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

"¡Sus, Patroclo, de jovial linaje, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa llama del fue-

go destructor: no sea que se apoderen de ellas y ni medios para huir tengamos. Apresúrate a vestir las armas, y yo en tanto reuniré la gente".

Dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas elegantes grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, refulgente, del Eácida, de pies ligeros; colgó del hombro una espada, guarnecida de argénteos clavos; abrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho, de crines de caballo, ondeaba en la cimera, y asió dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza ponderosa, grande y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de manejarla: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquiles, para que con ella matara héroes. Luego, Patroclo mandó a Automedonte -el amigo a quien más honraba después de Aquiles, destructor de hombres, y el más fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas- que enganchara los caballos. Automedonte unció bajo el yugo a Janto y Balio, corceles ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la cual, paciendo en una pradera junto al Océano, los concibió del Céfiro. Y con ellos puso al excelente Pédaso, que Aquiles se llevara de la ciudad de Eetión cuando la tomó; corcel que, no obstante su condición de mortal, seguía

a los caballos inmortales.

Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. Como carniceros-lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande cornífero ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre; luego van en tropel a lamer con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la sangre que han bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el pecho; de igual manera, los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos alrededor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos, el belicoso Aquiles animaba, así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos.

Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Júpiter, condujo a Ilión sus tropas; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que los rigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Menestio, el de labrada coraza, hijo del río Esperquio, que las celestiales lluvias alimentan; habíale dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acostó con la deidad del Esperquio; aunque se creyera que lo había tenido de Boro, hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con la misma y le cons

tituyó una gran dote. Mandaba la segunda sección - el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la hermosa Polimela, hija de Filante; de la tal enamoróse el poderoso Argicida al verla entre las que danzaban al son del canto en un coro de Diana, la diosa que lleva el arco de oro y ama el bullicio y de la caza: el benéfico Mercurio subió en seguida al aposento de la moza, uniéronse clandestinamente y ella le dio un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el correr y belicoso. Cuando Ilitia, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vio los rayos del Sol, el fuerte Equecles Actórida tomó a Filomena por esposa, constituyéndole una gran dote, y el anciano Filante crió y educó al niño con tanto amor como si fuese hijo suyo. Estaba al frente de la tercera división Pisandro Memálida, que, después del compañero de Aquiles, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combatir -- con la lanza. El cuarto escuadrón obedecía las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y el quinto tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces. Cuando Aquiles los hubo puesto a todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante:

"¡Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves dirigíais a los teucros mientras duró mi cólera, ni las acusacio-

nes con que todos me acriminabais: ¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. ¡Despiadado, pues retienes a tus compañeros en los navíos contra su voluntad! Embarquémonos en los bajelos que atraviezan el ponto y volvamos a la patria, ya que la cólera funesta anidó en tu corazón. Así acostumbrabais hablarme cuando os reuníais. -- Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y ahora cada uno pelee con valeroso corazón contra los teucros."

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oírlas, cerraron más las filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada casa, para que resista el ímpetu de los vientos; así, tan unidos, estaban los cascos y los abollonados escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada hombre en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! Delante de todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedonte; los cuales tenían igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquiles entró en su tienda y alzó la tapa de un arca hermosa y labrada -- que Tetis, la de argentados pies, colocara en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y --

mantos; que le abrigasen contra el viento, y de a-
felpados cobertores. Allí tenía una copa de primo-
rosa labor que no usaba nadie para beber vino ni
para ofrecer libaciones a otro dios que al padre --
Júpiter. Sacóla del arca y, purificándola primero-
con azufre, la limpió con agua cristalina; acto --
continuo lavóse las manos, llenó la copa y, puesto-
en medio, con los ojos levantados al cielo libó el
negro vino y oró a Júpiter que se complace en lan-
zar rayos, sin que al dios le pasara inadvertido:

"¡Júpiter soberano, Dodoneo, Pelásgico, que -
vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno,-
donde moran los selos, tus intérpretes, que no se-
lavan los pies y duermen en el suelo! Escuchaste -
mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme --
oprimiste duramente al pueblo aqueo. Pues ahora, -
cúmpleme este voto: Yo me quedo en el recinto de -
las naves y mando al combate a mi compañero con -
muchos mirmidones: haz que le siga la victoria, --
longividente Júpiter, e infúndele valor en el cora-
zón para que Héctor vea si mi escudero sabe pelear
solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven
con furia cuando va conmigo a la marcial contienda.
Y cuando haya apartado de los bajeles la gritería
y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y
con los compañeros que de cerca combaten".

Tal fue su plegaria. El pródigo Júpiter le --
oyó; y de las dos cosas, le otorgó una: concedióle

que apartase de las naves el combate y la pelea, y
nególe que volviera ileso de la batalla. Hecha la-
libación y la rogativa al padre Júpiter, entró A-
quiles en la tienda, dejó la copa en el arca, y sa-
lió otra vez, porque deseaba en su corazón presen-
ciar la terrible pugna de teucros y aquivos.

Los mirmidones seguían con armas y en buen or-
den al magnánimo Patroclo, hasta que alcanzaron a-
los teucros y les arremetieron con grandes bríos,-
esparciéndose como las avispas que moran en el ca-
mino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre
de molestarlas, las irritan y consiguen con su im-
prudencia que dañen a buen número de personas, --
pues, si algún caminante pasa por allí, y sin que-
rer las mueve, vuelan y defienden con ánimo valero-
so a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejan-
tes, se esparcieron los mirmidones desde las naves,
y levantóse una gritería inmensa. Y Patroclo exhor-
taba a sus compañeros, diciendo con voz recia:

"¡Mirmidones, compañeros del Pelida Aquiles!
Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso -
valor para que honremos al Pelida, que es el más -
valiente de cuantos argivos hay en las naves, como
lo son también sus guerreros, que de cerca comba-
ten; y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la --
falta que cometió no honrando al mejor de los aque-
os."